



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Dios.—Durante una tempestad; poesía.—Los bienaventurados.—En el album de Cecilia Madrazo; poesía.—Ayer, hoy y mañana.—Esplicacion del figurin.

DIOS.

Yo empezaba á balbucear palabras de las cuales solo pueden las madres ser intérpretes, porque el lenguaje de los niños nadie lo comprende ni lo adivina sino ellas.

Mis frases entrecortadas eran oraciones que oía en la cuna, cuando al toque de oraciones mi madre me dormía, haciendo en mi pequeña frente el signo de la cruz.

Y yo soñaba luego con aquel geroglífico sagrado, y entre el letargo la veía de rodillas junto á mi blanco lecho, mucho tiempo despues que me dormía.

Enfrente, en una urna brillante, habia una señora con un manto de rico terciopelo salpicado de estrellas, y una corona de fulgente oro.

Esta señora era bellísima; pero tenia las mejillas escaldadas de tanto llorar.

Parecia muy rica, porque ostentaba en el pecho piedras de mucho valor, y sin embargo, cuando yo me despertaba por las mañanas, la compadecia y se me oprimia el corazon, porque habia en su hermoso rostro las mismas lágrimas que la anterior noche y los anteriores dias.

Yo queria arrastrarme hasta sus piés; pero era tan pequeña, que aun no sabia andar, y me contentaba con mirarla de lejos y preguntarle quién la habia hecho daño; pero ella no me entendia y seguia aflijida y llorosa, hasta que me ponía triste, muy triste. Así estuvimos mucho tiempo.

Esta señora llevaba sobre sus rodillas un hombre muerto, desnudo.

A mí que tanto miedo me daban los cadáveres, porque mi aya me asustaba con ellos, no sentia terror alguno por aquel: al contrario, yo hubiera querido tenerle en mis brazos para que la hermosa señora descansase un poco; pero

nunca ví que ella le soltase un instante siquiera.
—¿Quién es ese?—pregunté un día á mi madre con infantil curiosidad.

—Ese es Dios,—me respondió arrodillándose para pronunciar este nombre.

—¡Dios!... ¡Dios!... ¡Dios!... ¡Ya no lo olvidó, mamá! ¿Es el que tú nombras cuando rezas?

—¡Sí, hija mía! Quiérole mucho, porque él nos dá la vida, la salud, y el pan de cada día.

—Y la que lo tiene en brazos, ¿quién es, que llora tanto?

—Su benditísima madre, la Virgen de las Angustias, que llora la muerte de su amado hijo.

Yo me puse pensativa y melancólica.

—¿Y por qué se murió tan joven?

—Porque los hombres le crucificaron.

Yo dí un grito de dolor y me estreché contra el seno maternal.

Ella prometió contarme esta sangrienta historia, y todas las veladas me refería algun suplicio de Jesus y algun dolor de su amada Madre.

Lo que se aprende en la niñez jamás se olvida.

La historia sagrada se imprimió en mi corazón con letras de fuego.

¡Dios!... ¡El padre de Jesus, y Jesus mismo!...

¡Dios!... ¡Trino y uno! Señor de cielo y tierra...

Y mi cabeza se ardía, y mis sentidos luchaban, y hacía continuadas preguntas, y quería adivinar un misterio, que si dejara de serlo, perdería ese prisma de belleza, ese portentoso sagrado, que adora nuestra alma con un fervor infinito.

¡Dios!... ¡Yo quería conocerlo! ¡Saber su poder!

¿Qué era el caos antes de darle animación y luz y colores?

¿Qué era Dios mismo, cuando el mundo se confundía en una sola y eterna noche?

¿Por qué reinaba sobre todos? ¿De dónde había recibido el poder para mandar los mundos á su antojo?

¿Dónde vivía? ¿Quién era? ¿Por que no le

veía? ¿Por qué no le encontraba como á los demás hombres?

¡Ignorante de mí! Preguntas que solo la infancia ó la rudeza pueden hacer.

Después le he visto en todas partes, hasta en la corola de la flor, que parece olvidada en las colinas.

Le he visto tan grande, tan inmenso, tan superior, tan infinito, que he caído de rodillas y he llorado y he gemido, por los años que pasé en esa ignorancia fatal, en esa oscuridad triste.

Ahora le adoro, le bendigo, le llamo sin cesar, le tengo impreso en mi mente, grabado en mi corazón, esculpido en mi alma.

Sé que es el Dios de todo lo creado.

Sé que dió su cobrizo color al altivo y feroz indio.

Su negra tez al africano.

Su blancura de mármol á las bellas mujeres de Georgia.

Sus ojos radiantes, negros, vivos y lucientes, á las hermosas mahometanas.

Su cutis de raso blanco, á las modestas vírgenes de Circasia.

Y su gallardía, su donosura, su gracia, su gentileza y sus miradas radiantes, amorosas y puras, á las sensibles mujeres del Mediodía.

Sé tambien que él preside todas las religiones, todos los climas, todas las criaturas.

Que él no condena á ninguno, que le recozca, le ame, y guarde su culto y religion con amoroso respeto.

Que lo mismo bendice al indio que en aquellas llanuras y arenales le adora al salir el sol, que al negro deprimido y encerrado en la guarida que elije, para librarse de la odiosa esclavitud.

Él los ama á todos, porque todos son sus hijos.

Si las formas de las religiones son contrarias, el fondo es el mismo.

Si las razas no se parecen, si sus colores son distintos, las almas bajaron todas del cielo en vapores de nubes rosadas, para habitar en los cuerpos de los más recónditos países.

¿Quién ha podido llegar á los polos del mundo? ¿Quién sabe los millones y millones de habitantes que poblarán la tierra sin conocerse mutuamente, sin saber su multitud de creencias, sus

tristes errores, su ignorancia y su ateísmo?

¿Pero creéis que por eso no aman á Dios?

¡Imposible! ¡Imposible! Ellos le ven como nosotros, le adivinan, le sueñan, le adoran.

Le ven en esa bóveda azul detrás de esa cortina de estrellas, en la carroza luciente de la plateada luna, en el carro brillante del sol, en las rosadas tintas de la aurora, en las plumizas nubes de la tarde.

Desde el sencillo pastor que en los montes cuida su rebaño, hasta el orgulloso emperador que imprime su planta en la algodónada alfombra de terciopelo, todos caen de rodillas, todos bendicen á Dios.

El que nace, vive y muere en una caverna oscura, aquel á quien no nombraron una palabra de religion sagrada, el que no vió nunca un altar, ni una imagen, ni un templo, adora á Dios, le adivina, y en sus dolores y agonías mira al cielo por ese imán poderoso, que se siente sin oírlo, se goza sin poseerlo, se imagina sin comprenderlo y se venera aun antes de tener forma en la fantasía, ni figura ante los ojos.

Allá, en los arenales, donde el liquen ofrece sus hojas descoloridas, vemos cruzar las turbas errantes, desnudas sus carnes, sin pudor, confundidos los sagrados parentescos y lazos de familia, sin conciencia de sí propios ni caridad y amor para los demás; y sin embargo, despues de algun eminente peligro, despues de una lucha terrible entre opuestas razas, se adorna la cabeza del vencedor con las reseca ramas de algun árbol, abrasado por la lava de un oculto volcan, y todos caen de rodillas.

A este cuadro, las manos cobrizas se juntan, y aquellos ojos feroces miran el horizonte y murmuran entre sus blancos y afilados dientes de pantera algunas palabras, que en los cristianos sería una oracion.

Y estas oraciones cruzan el espacio, y llegan allá arriba y son oídas por Dios, que á nadie distingue, ni á nadie desecha.

En aquel ministerio de justicia, no hay razon que el oro quebrante, ni sentencia que el poder redima.

Allí llega la palabra del pordiosero, que tirado en las piedras de la calle, tiende la supli-

cante palma, sin encontrar á veces ni una mirada compasiva.

Allí llegan los ayes del oprimido y desventurado.

Allí las del hijo del azar, que sus padres arrojaron en el lodo, por quitar manchas de cara ó linaje, para emborronar el alma con su crimen impío.

Allí las de la casta mujer, que jóven, hermosa y pura, sufre el suplicio de oír, que se la ofrece *oro corrompido* para aliviar su miseria.

Allí la de todos los seres desventurados, que comieron el amargo pan de casa ajena, amasado con sangre y con hiel de menosprecio.

Allí el gutural gemido del esclavo, que presenta la espalda desnuda, aguardando el crujiente látigo.

Allí la caduca anciana, á quien no respetaron y abandonaron sus hijos, y sin embargo vá á suplicar por una raza superior á los tigres del desierto.

Allí los que gimieron y lloraron, sin encontrar un sér que gimiese y llorase con ellos.

Allí el hombre convertido en perro, que aguardaba todos los dias en la portada de mármol de un palacio, los huesos del festín y la orgía, que hasta los mastines del señor miraban con desprecio.

Allí los que saludaban á los Césares y tiranos con esquisita cortesía, antes de entrar en lucha con las fieras, preparadas en el circo para devorarles.

Allí todos los que sufren, los que han sufrido y los que sufrirán, tienen un lugar escogido, sin que nadie los deseche por pobres ni los oprima por débiles.

Porque no es un Dios de barro, el que preside los destinos de la tierra.

No es un ídolo de bronce, ni un Dios de metal ó acero, como adoraban los gentiles.

Es un espíritu superior, un sér infinito, grande, compasivo, misericordioso, omnipotente, celestial.

Y es tal su poder y grandeza, que manda las olas del furioso océano, como si fuesen gotas de agua vertidas en un pequeño vaso.

Y traslada las gigantes montañas y las sier-
ras, y los bancos de mármol, y las moles de pe-

sado granito, y las formidables canteras, como el niño un juguete de ligera porcelana.

Y le dice á la tierra: «estremécete;» y ella ligera á tal mandato, se cierne como el pretél sobre las velas del navío.

Y millones y millones de habitantes tiemblan y se estremecen, y lloran y piden misericordia, y se prosternan y se humillan.

Él le manda á las nubes de muchos hemisferios, que se junten y formen el granizo en su seno, y lleven las piedras y las aguas y la tormenta, donde las vean los incrédulos.

Él une los furiosos huracanes, y les hace chocar, arrojando el rayo y la centella destructora.

Él quien reunió los torrentes del Diluvio, quien mandó el fuego de Sodoma, quien demolió el templo de los filisteos, quien trasformó los mares en campos y los campos en mares, quien trasladó las montañas, quien confundió la apostasia, quien destruyó el gentilismo, quien levantó la cruz sobre la media luna, quien igualó las clases oprimidas, quien hermanó los séres, y quien hizo, en fin, en un día, lo que millones de magnates y emperadores no pudieron hacer en siglos de siglos.

Él quien hizo que de la tierra al cielo no hubiese una columna, un punto de apoyo, un descanso, un camino que la vista percibiera, para que el hombre atrevido le escalase, queriendo formar en él sus haciendas y sitios de recreo.

Él quien sostiene esa bóveda en los aires, como un globo de papel, como una nube sin peso.

Quien formó su trono celestial donde no pudiesen profanarlo ojos humanos, donde ninguno pudiese ascender, sin que él por su mano le elevára.

Quien puso para defender las eternas puertas el fuego de un sol que nada resiste, y el frío de un aire que los miembros hielan.

Quien hizo caer la torre de Babel, y convertirse en escombros y polvo, los esfuerzos de tantas ambiciones, el trabajo de tantos brazos.

Quien convirtió en ruinas los opulentos castillos é hizo crecer en sus restos las ortigas y odiosos jaramagos.

Quien encerró en cinco palmos de tierra el

cuerpo del hombre gigante, que pretendia abarcar y poner leyes al mundo entero.

Quien destruyó los temibles ejércitos y hundió toda la soberbia de los conquistadores, y su poder y su grandeza y su orgullo sin igual.

Y despues de saber y conocer todo esto, ¿preguntaremos quién es Dios?

Dios está en todas partes, lo mismo en la sencilla flor de malva que alfombra los prados, que en el espléndido jardín del monarca.

Dios crea: el hombre cultiva.

Nada hace que no sea inspirado por ese soplo divino.

Vanidad, lujo, grandeza, poder, todo es nada junto al poder del Dios Omnipotente.

ROGELIA LEON.

DURANTE UNA TEMPESTAD.

¡Piedad, Señor! El corazón os ruega contrito de temor y dolorido, porque sus alas aquilon despliega y brama en el espacio enfurecido.

¡Piedad, Señor! que las semillas nuestras pasa tronchando con cruenta saña, y destruye el viñado y las florestas de este rincón oculto de la España.

Y ya despide del tonante seno denso vapor que anubla el firmamento con horrible pedrisco que de lleno tala los campos con furor violento.

Y contemplo ¡oh Señor! el pueblo mío triste morir entre miseria y llanto, lanzando por doquier con duelo impío amargas quejas y cruel quebranto.

Ya amenaza romper con ronco estruendo el flamígero rayo la alta cumbre, las almas tiemblan al oír tremendo, su acento airado y fulgorosa lumbre.

Súbito rasga el vaporoso velo que á la nube circunvala macilenta, tórnase negro el azulado cielo y estalla en el espacio la tormenta.

Ya los sembrados el torrente anegado salen con pavor las avejillas, piedad ¡gran Dios! el labrador os ruega que no tiene más pan que sus semillas.

¡Piedad, piedad, Señor! claman rendidos;
dejad por compasion el ceño airado,
que ya están nuestros campos sumerjidos
y el corazon al verlos destrozado.

¡Ah! sin duda el Señor compadecido
nuestros clamores escuchó clemente,
que en el éter se vé desvanecido
el huracan terrible de repente.

Aparece la bóveda azulada,
entre flotantes copos de alba espuma
y la tropa de pájaros alada
bate gozosa la rizada pluma.

El campo rie, mas las flores lloran;
de plácido rocío el aguacero
fué para aquel; y aquestas descoloran
del refulgente sol al rayo fiero.

Las dulces aves con placer divagan,
su morada buscando en los sembrados,
los labradores por el campo vagan
visitando sus tierras y ganados.

No ya el temor su corazon aterra,
que brilla el sol magnífico en la altura,
postraos todos, la rodilla en tierra,
y adorad al Señor de la natura.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

¡LOS BIENAVENTURADOS!

CUADROS FESTIVOS

POR D. LEANDRO ANGEL HERRERO.

Los pobres de espíritu.

CUADRO I.

(Continuacion.)

—Ahora, ilustrísimo señor, es justo que ofrezca á V. S. Ilma. una de las más grandes primicias que he merecido de la generosidad del rebaño que está á mi guarda. Dudo mucho que Su Santidad, el inmortal Pio IX (Q. D. G.), beba un vino como el que tengo el honor de presentar á V. S. Ilma.

El prelado le dió las gracias con un gracioso ademán, y le dió permiso para escanciarle el ponderado licor. Destapó el cándido párroco una botella, llenó una copa, lanzó una exclamacion de asombro, y dijo:

—¡Milagro semejante!... Este vino era tinto y se ha vuelto blanco,

A lo que contestaron los familiares del prelado, que aquello era buen indicio, porque todos los vinos que se decoloran por sí mismos, contienen gran cantidad de alcohol, amen de un aroma que resucita á los muertos y de un sabor delicioso.

Y sin más dimes ni diretes, tomó el prelado la copa, la llevó á sus labios, bebió un trago, hizo un gesto horroroso, y dijo al cura:

—¿Qué nos trae Vd. aquí, pecador?... ¡Esto es agua!

—¡Agua! —esclamó el cura temblando como un azogado.

Y al pobre hombre no le llegaba la camisa al cuerpo, temiendo, y no sin fundamento, que el Ilmo. le echara un pelucon, sospechando si habria tratado de hacer una grosera burla de su eminente persona.

Por fortuna del bueno del párroco se hallaba allí el sacristan, sirviendo á la mesa, y haciendo á cada paso al Ilmo. más reverencias que las que hacía en todo el año á las imágenes de la iglesia; y este honorable, viendo á su amo en tan grande aprieto, se permitió decir que aquello debía ser una fechoría del sobrino Juanillo, porque él le habia visto dormir la mona algunos dias en el huerto de las higueras chumbas, y no tendria nada de extraño que aquellas monas se hubieran dormido á espensas de las tres botellas, que yacian impasibles en la tabla de la mesa, avergonzadas de no contener mas que agua chirle.

Se llamó al muchacho, le amenazó el tío con la media libra de plata del puño de su caña de Indias, y cantó de plano, con gran contento del Ilmo. y de sus familiares, que celebraron más la travesura, que si hubieran bebido el ponderado licor.

Pero el cándido tío sufrió un sofocon que no se le fué del cuerpo en medio mes; y juró interiormente por los doce apóstoles que no le habia de jugar otra *tostada* el picaronazo del sobrino, por lo que le mandó á cursar la filosofia, sometiéndole á un plan estrecho y económico, á fin de que no se le pervirtiera de golpe y porrazo.

El jóven alumno atravesó el campo florido de las humanidades á paso de carga, y llegó por fin sano y salvo á la viña de Esculapio, donde

había de vendimiar en lo porvenir su *pane lucrandum*. Alejo y él se conocieron cuando ambos á dos cursaban la filosofía, y tanto simpatizaron que vivieron siempre unidos, como vid que se entrelaza al olmo.

Mientras á Alejo le vivió su padre, y á Juan su tío el cura, los pobrecillos, aunque no con perfecto desahogo, subían alegremente al Calvario estudiantil; pero así que se quedaron huérfanos, cosa que sucedió casi á la par, empezaron para ellos los apretones y las congojas.

Murió el tío de Juan Tenaza, aquel buen tío de quien el taimado solía decir que ganaba el dinero cantando; y al registrar la herencia que le había quedado, se encontró que no pasaba de cuatro trastos viejos, algunos libros ratonados, y un excelente apetito. Ya sabemos que Alejo heredó algo menos todavía.

Los dos amigos se hallaron *velis nolis* entre la espada y la pared, y Alejo fué de opinion de que abandonarían las carreras y solicitarían una plaza de ayudas de cámara ó cosa por el estilo, so pena de esponerse á rabiar de hambre y á quedarse en la estacada, en cuyo caso para nada les hubiera servido la carrera. Juan Tenaza defendió la opinion contraria, alegando que debían á todo trance concluir las profesiones, aun á costa de los más grandes sacrificios, terminando su discurso con las siguientes palabras, pronunciadas con su habitual prosopopeya:

—«Hijo Alejo: debemos seguir adelante aunque diga que *nones* esta señora tan mal criada que se llama la panza. Bien sé que nos va á cantar otro gallo en lo sucesivo; pero tengo la cabeza más firme que un yunque, y he de salirme con la mia, aunque pase más gazuza que un maestro de escuela. No sino acobardar ahora, y perder de un golpe el terreno ganado. Nuestro es el mundo, hijo, y Dios ayuda al que se ayuda. El que lo tenga lo ha de poner. Ya sé que no estamos en Jauja; pero al fin, *busca y encontrarás*, dice el Evangelio. A buen hambre no hay pan duro; y cuando está vacío el estómago se aguzan los sentidos. Tú eres Buscon y yo Tenaza, es decir, tú serás la cabeza y yo el brazo, ó el gancho, lo mismo dá. Ello es que ni uno ni otro tenemos aire de mochuelos. Con que á vivir, papá. Dejar la carrera, ponernos á servir á un señoron, hacerle la barba, y anudarle

los calzoncillos como á un niño de teta, ¡puf! Nada, nada; zapatero, á tus zapatos. Hombre, deja ese airecito de mastin que me incomoda. Vivamos de *montera*, ya que tanta gente vive de *gorra*. ¡Oh! no ha de faltar quien pague el *pato*.»

La opinion de Juan Tenaza prevaleció, y los dos amigos se resolvieron formalmente á entrar en el purgatorio estudiantil.

La conversacion anterior tuvo lugar ni más ni menos que en mitad de la calle del Lavapiés, y una moza de *rumbo* que á la sazón pasaba, una manola moderna, es decir, degenerada, de las que llevan cuatro dedos más larga la falda, y en vez del lindo zapatito con galgas usan la bota de rusell con punta de charol, oyó de *pe á pa* el discurso de Juan Tenaza, y echando á andar como una nave empavesada, y riendo á carcajada tendida, exclamó en voz alta:

—¡Probes señores... no san desayunao!

Juan Tenaza se plantó delante de ella en cuatro brincos, y sobre la marcha la dijo:

—Oye tú, ojos de perdiz. Si tantas onzas tiene el pindongo de tu marido, más te valía sembrar pesetas y no barbaridades. Vaya, dános de almorzar y te cantaré unas coplas sobre las primeras ligas que te regaló Perico Mata-muertos, el Chispero. ¿*Quiosté*, doña... Pudor?

La manola que se vió así apostrofada, se puso en jarras, y como venia de la compra, sacó una pera de agua, y se la tiró á Juan Tenaza á las narices, solo que el diestro se dió maña de atraparla en el aire con la mano y guardársela en el bolsillo.

La moza de *rumbo* puso el grito en el cielo y le tiró otro *perazo*, luego otro, y luego otro, hasta que consumió toda la fruta de la cesta, que se pasó como por milagro á los bolsillos de Juan, cosa que la desesperó tanto, que para vengarse le arrojó á los hocicos dos libretas de pan, las cuales se reunieron con las peras en sus bolsillos, con lo que el diestro dió por terminada la operacion, diciendo con mucha flemma á la maja:

—Haya paz entre cristianos. Para *Mata-muertos* las ligas; para mí el almuerzo. Adios, Pureza.

Y tomó las de Villadiego seguido del cofrade Alejo.

La manola se contentó con gritar:

—Adios don... Naide. Muchos *afeutos* á tu hermana la marquesa del Hambre. *Premita* Dios que te sepan las peras á soliman. ¡Límpiate la colmena que te se empolva!

De esta manera entraron los dos amigos en el purgatorio estudiantil, que otros llaman con más propiedad de la *tuna*.

(Se continuará.)

EN EL ALBUM DE CECILIA MADRAZO.

Imposible es á mi mano
reproducir lo que un día
inspiró á mi fantasía
su destello soberano.
El astro mío, que ufano
hasta las nubes se alzó,
y por los cielos voló,
hoy está yerto, dormido,
y como pájaro herido
aterrado enmudeció.

Quise sondar ambiciosa
los humanos corazones,
y perdí mis ilusiones
de oro, de azul y de rosa.
Prosa escribí ¡mucho prosa!
y tanta, Cecilia bella,
que yo he retratado en ella
aunque cuento años muy pocos,
los sueños de muchos locos,
y su destructora huella.

Mas ¡ay! que risas y amores
en cántigas peregrinas,
no puede dar, la que espinas
vá buscando entre las flores!
Yo, que sé de los dolores
todos los antros mostrar,
al fin, olvidé entonar
mis inocentes cantares,
y los ajenos pesares
solo sé ya lamentar!

Tengo, pues, en vez de darte
que pedirte á tí, y no poco:
un mentís, al mundo loco
vengo aquí á solicitarte.
¡Sí! Tengo que demandarte
aunque te sea importuna,
que ayudes á mi fortuna
con inmortales pinceles,
pues yo sé que el grande Apeles
meció tu inocente cuna.

En un libro que escribí
retraté yo una *Cecilia*,

orgullo de una familia
como en mi mente la ví:
de niña, candor le dí,
inocencia y humildad:
de jóven, honestidad,
virtud, paciencia, hermosura:
de anciana, la dí dulzura,
abnegacion y bondad.

Tipo bello y acabado,
de hija, de madre y esposa,
la soné grande y hermosa,
y así al mundo la he mostrado.
Muchos hay que han alabado
retrato tan singular;
pero han llegado á dudar
que exista tal perfeccion,
llamándola creacion
de mi juvenil soñar.

¡Cecilia! Quieran los cielos
que tú á mi defensa salgas,
y que tanto, tanto valgas,
que ahuyentes esos recelos.
Y ¡dichosos mis desvelos
si es que me dicen un día,
que tú á la *Cecilia* mia
escedes en galanura,
y que eres la criatura
que soñó mi fantasía!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

AYER, HOY Y MAÑANA (1).

Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899,
por D. Antonio Flores.

CUADRO VEINTE.

EL SI DE LAS MADRES.

Cierto es que el Catecismo de la doctrina cristiana encargaba á los padres cristianos de AYER, que no diesen á sus hijos estado contrario á su voluntad, esto es, á la voluntad de los hijos, pero aquellas gentes no entendían el Catecismo como nosotros le entendemos, y hacían en este asunto lo que tal vez á muchas les pesó haber hecho á la hora de la muerte. Pero entonces era ya un poco tarde para remediarlo, y así le fué fácil á Moratin encontrar una doña Irene, que educando á su hija Paquita, entre sor Trinidad y sor Circuncision, quisiera casarla con el sexagenario D. Diego, á pesar de la repugnancia natural de la niña, y de sus amores secretos con D. Carlos de Urbina. La justa celebridad de que goza la excelente comedia de *El si de las niñas*, y el general aplau-

(1) Véase el anuncio en la cubierta de este número.

so con que hoy la recibe el público, nos retrajo de hacer un cuadro especial para tratar de este asunto en la primera parte de esta obra, por más que en muchos pasajes de ella hiciéramos sobradas alusiones al efecto.

Las hijas de D. Leandro, el consejero de Indias, la de la casa en que honestamente se divertían en juegos de prendas, la hija de don Hipólito y la que abrazó el estado religioso, renunciando al mundo, porque sus padres le dijeron que debía renunciarle, todas ellas habrán demostrado al lector lo que valía *El sí de las niñas*, en aquella época en que las madres hablaban en su nombre, ó las hacían hablar con un gesto y hasta con un pellizco, y aun en el cuarto oscuro, mantenidas á pan y agua.

Aquellas niñas, que como dice Moratin, leían libros devotos, corrían tras de las mariposas, y á los diez y seis años de edad se divertían echando agua en los agujeros de las hormigas, son las madres de ahora. El *sí* que dieron antaño como hijas le repiten ogaño como madres, y entre ambos monosílabos afirmativos hay un mundo de negaciones y de inconsecuencias.

Nosotros no queremos filosofar sobre este asunto, ni dar nuestra opinion en materia de tanta importancia y de tanta trascendencia. Acaso nunca con más razon que ahora podríamos decir que aquellos polvos han traído estos lodos, pero no queremos decirlo, y sin hacer responsable á la educacion de AYER, de los inconvenientes ó de las ventajas que tiene la de hoy, vamos á dibujar este cuadro.

La madre de estos tiempos no hace nada de lo que hacía la suya, mientras ella, hija de familia honesta, humilde, obediente y callada, para hablar pedía licencia á su señora madre, al sentarse cuidaba de recoger la basquiña, jamás usó el respaldo de la silla, ni alzó los ojos del suelo, ni cruzó las piernas, á pesar de tener muchas veces los brazos cruzados, y de ponerse en cruz tres ó cuatro horas, cuando alzó la voz para contestar, ó no bajó los ojos al verse reprendida, ó tuvo la desgracia de oír lo que se dijo creyendo que ella no escuchaba. La madre de estos tiempos que es, como hemos dicho antes, la hija de aquellos, tiene algo más que hacer que dar de mamar al recién nacido, y enseñar á rezar y preparar la labor al párvulo, y llevarle á paseo cuando empieza á ser adulto.

Rebañando el perol de las natillas, y corriendo tras de las mariposas, dió el *sí* matrimonial en los altares para hacerse madre de familia, como habria dado y daba el *sí* monacal en un coro de monjas al abrazar el estado religioso. En el segundo caso dejaba la autoridad paterna para someterse á la autoridad abacial de su nueva madre la superiora del convento, y bien puede decirse que no salía de la menor edad; en el primero pasaba desde la infancia más

nimia, y la tutela más rigurosa, á la mayor edad y á una libertad absoluta.

La mujer feliz del filósofo incógnito, *La perfecta casada* de Fr. Luis de Leon, y algunos libros devotos, formaban su biblioteca, si sabia leer, habilidad que no era muy frecuente en las mujeres de antaño, y si no conocía el *abecedé*, repasaba en su memoria los consejos y las amonestaciones de su madre, y con estas doctrinas pensaba destetar, educar y casar á sus hijas; cuidando sobre todo de que no abrieran los ojos antes de tiempo, por más que ya en el suyo se empezaba á decir que los chicos venían al mundo con los ojos abiertos.

Pero desde que la hija de familia se hizo ama de casa y empezó á cortar y á coser por sí propia, los pañales y las camisas para su futuro vástago, hasta que estos han estado en disposicion de formar nuevas familias, han ocurrido grandes sucesos, y la revolucion nos ha hecho perder de vista muchas cosas y no pocas personas. Hasta que ha cesado el estruendo de las perturbaciones políticas, ó mejor dicho, hasta que nos hemos acostumbrado á oírle y á no hacerle caso, no nos ha ocurrido echar una mirada al seno de las familias, para ver lo que pasa en ellas.

(Se concluirá.)

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a figura. Falda de mohair maiz, guarnecida en el bajo con un entredós de encaje negro formando un caprichoso adorno. Chaquetilla torera de igual tela, adornada en el mismo género. Mangas redondas por abajo y abiertas por detrás hasta el codo. Cintura Médicis cubierta de encaje negro. Camiseta de muselina adornada de tiras bordadas y entredoses de encaje. Adorno de cabeza de encaje negro, con caídas por detrás y lazos de terciopelo azul sobre la frente.

2.^a figura. Falda fantasía rosa, sin adorno. Blusa de alpaca gris, guarnecida de entredoses de encaje negro y botones. Mangas de codo con vueltas en el puño. Cuello y mangas lisas: cintura negra. Redecilla rosa, formada con pequeñas cintitas del mismo color: lacitos negros sobre la frente.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretit de los Consejos, 3, principal.